

c) *Santidad permanente*

«Lo que nacerá de ti se llamará santo», le dice el ángel Gabriel a María. Y ella responde en el Magnificat: «su nombre es Santo». Ella ha sido agraciada con la revelación del nombre de Dios. El Santo se ha aproximado a su ser; le ha entregado su *nombre*. Jesús, el Hijo de María, es también *santo*. Ello no significaba que María pudiera superar la zona del misterio, sino únicamente que tenía acceso a una parte de lo divino, mientras que la otra, ciertamente mayor, permanecía desconocida. María vivía en la fe; meditaba todo en su corazón. No entendía. Pero conocía el nombre de Dios y lo glorificó y alabó como santo: el Magnificat. También Jesús vino a glorificar el nombre del Padre (Jn 12,28; 17,4.26).

Dios consagró a María con su *kabod* como si fuera la tienda de reunión: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra»; «ese lugar... será consagrado por mi gloria» (Ex 29,43). La santidad de Dios, su gloria oculta, escondida, se difunde sobre María. En correspondencia, también María es activa en su fe y «santifica» así al Dios santo (Núm 27,14), o, lo que es lo mismo, lo hace ser Señor y, por tanto, lo «glorifica».

Para los Santos Padres, la verdad del ser humano se revela en la Encarnación. Ante todo en Jesús, el Hijo de Dios. También en María, la nueva Eva. Son los arquetipos de la santidad, la verdad de la naturaleza humana. El mandato veterotestamentario *Sed santos como yo soy santo* (Lev 11,44) y el neotestamentario *Sed perfectos igual que es perfecto vuestro Padre celestial*, son practicables teniendo en cuenta el arquetipo que es Jesús, y en su medida María.

La santidad de María no es principalmente una santidad moral, sino, sobre todo, ontológica, es la santidad de la presencia del Espíritu en ella. Pero, situada en esa esfera, María vive en pureza, en fe, en caridad, como auténtica propiedad de Dios. Es santa porque pertenece a la esfera de Dios.

Ser santa como Dios era para María el resultado del don de la inmanencia del Espíritu Santo en su corazón. Como Israel, María se sentía llamada a la santidad por la palabra de Dios. A través de su palabra-acontecimiento, la palabra de Jesús, Dios consagraba a su hija, le comunicaba su Espíritu, su Santidad. Ese era el espacio ontológico en el cual debía habitar ella, como raptada, como fuera de sí.

4. **Conclusión**

Al exaltar a la Panaghía, las Iglesias de Oriente nos sitúan ante el misterio de la Santidad, como un aura envolvente, en la cual estamos todos situados después de la Encarnación. El Espíritu del Señor llena la tierra. Toda ella se ve envuelta en su Santidad. Y María es el punto estratégico en el cual esta Santidad se hace más poderosa, más gloriosa y fecunda.

La impecabilidad de María se explica mejor por gracia que por voluntarismo, por situación ontológica que por esfuerzo moral, desde la experiencia central de la Encarnación que desde un milagroso origen al cual no tenemos acceso.

El dogma de la Inmaculada puede y debe ser retraducido como el dogma de la Santidad perfecta de María, el dogma de la Panaghía, de la Mujer agraciada sobre la que desciende el Espíritu y a la que cubre el poder de su sombra y se convierte así en fuente de vida, en Madre del Santo.

¿Cómo llegó María a esta situación de Santidad, manifestada posteriormente en su Fiat y su Magnificat? Pertenece al misterio de su vida. Pero es indudable que de una raíz contaminada no nace la Pureza, la total descontaminación.

## II. LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA

No basta la reflexión anterior sobre la santidad de María para fundamentar adecuadamente la fe eclesial en la inmaculada concepción de María. Hay que abordar algunas cuestiones que la proclamación del dogma de la Inmaculada propone. De hecho, el debate teológico sobre el pecado original ha sido amplio en estos últimos años y afecta, obviamente, a la reflexión mariológica. Por eso, después de hacerme algunas preguntas insoslayables trataré de exponer la fundamentación teológica de este dogma y su simbolismo.

1. **Algunas preguntas insoslayables**

Cuando el teólogo quiere justificar la definición dogmática sobre la Inmaculada tal como fue proclamada por Pío IX en la bula «Ineffabilis Deus», no puede soslayar preguntas como éstas:

a) ¿Bajo qué tipo de información bíblica o tradicional ha llegado la Iglesia a conocer lo que sucedió «en el primer instante» o «desde el primer instante de la concepción» de María? Es justo hacerse esta pregunta, porque resulta que no hay un texto bíblico que ofrezca

este tipo de información; porque tampoco existen tales informaciones en la tradición patristica occidental, en lo referente a la preservación del pecado original; baste recordar a Agustín. Este dogma no ha nacido de una revelación «explícita» que nos comunicara cómo acaeció históricamente el primer instante de la existencia de María. Las luchas de los siglos XV-XVII entre maculistas e inmaculistas son un índice de tal falta de información.

b) ¿Exige la obediencia debida a la formulación dogmática aceptar también como dogmáticamente definida la comprensión del pecado original y de la gracia propia de la Iglesia del siglo pasado? De hecho, la soteriología (tratado de la salvación-redención) y la hamartología (tratado sobre el pecado) han ido evolucionando de una manera importante; el tratado de la gracia va adoptando progresivamente otras claves de comprensión. ¿Es lícito reinterpretar desde estas nuevas claves el dogma? ¿Podría afirmarse que, de suceder hoy la afirmación dogmática, habría adoptado otras claves, que no niegan lo que entonces fue afirmado, sino que lo superan y lo reintroducen en una síntesis superior?

## 2. ¿Bases históricas?

La respuesta a estas dos cuestiones, que juzgo fundamentales, nos exige dirigir nuestra atención a las únicas bases históricas de las que disponemos y también a las bases teológicas que se nos ofrecen para comprenderlo.

La única base bíblica de que disponemos para probar que María fue concebida sin pecado original es la imagen que de ella nos depara una lectura global del Nuevo Testamento a la luz del Antiguo. Ya hemos contemplado esta imagen bíblica de María en la primera parte. No vamos a insistir en ella. Sólo quisiera resaltar dos cosas: que María es madre de Jesús, del Grande, del Santo, no en fuerza de su virginidad, sino de la presencia en ella del Espíritu y del Poder de Dios; y que María es madre no de forma meramente pasiva, sino activa, dinámica, en un compromiso personal de fe inquebrantable. Habrá que ver en qué medida podrá esta imagen global ser interpretada en los términos del dogma de la Inmaculada, habrá que verlo.

Por otra parte, emerge ya en el Evangelio de Lucas un reconocimiento especial hacia la madre de Jesús por su fe y acogida de la Palabra. Ya desde la primera época posapostólica los Padres de la Iglesia hicieron de esa fe obediente un elemento estructurante en su concepción de la historia de la salvación. Eva no creyó y desobedeció, María creyó y obedeció. En María ven los Padres apostólicos la emergencia de una nueva Eva, madre de todos los vivientes. Otros la

van identificando poco a poco con la Iglesia inmaculada, santa, madre. De esta manera se abre el camino a una consideración de María como «mujer alternativa». Se acentúa cada vez más su santidad. Se la invoca como la «panaghía», la «toda santa». Es afirmada su *impecancia*, o la ausencia en ella de cualquier tipo de pecado personal por parte de la mayoría de los Padres.

Pero ¿resultan suficientes estas bases?

## 3. Fundamentación teológica

### a) El pecado original en la ecología de la acción

El dogma —tal como fue definido— está estrechamente vinculado al tema del pecado original. Los debates que esta cuestión ha suscitado entre los teólogos a través de los tiempos no son para referirlos aquí. Ello requeriría un tratamiento muy amplio.

En todo caso, es importante decir ya desde ahora que el dogma que proclama a María inmaculada en su concepción no presupone que el momento en que un ser humano es engendrado, generado, sea *pecaminoso*, «como si la generación fuera un pecado grave». «No existiría un crimen peor que la generación, pues ella crearía un enemigo de Dios»<sup>16</sup>. La generación de todo ser humano es también un acto de *creación divina*. Participa de la creación *buena* de Dios. Desde la perspectiva de Dios se trata del momento en el que crea el ser, la bondad, la belleza, la libertad, un yo absolutamente original; y todo ello «en Cristo Jesús», como una llamada al diálogo interpersonal con Dios (GS 19). El dogma, por tanto, no puede afirmar que *sólo María*, por singular privilegio, fue generada de esta forma positiva, mientras que los demás hombres no.

Sin embargo, la definición dogmática hace referencia al *pecado original* y a la *preservación de María* de él. Tal como la Iglesia ha entendido el pecado original éste no es una herencia biológica, ni una culpabilización de todo el género humano a causa de los primeros padres (imputación de la culpa de generación en generación). El pecado original no se identifica tampoco con la necesaria imperfección de los estadios inferiores de la evolución con relación a los superiores.

Como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «La transmisión del pecado original es un misterio que no podemos comprender plenamente. Pero sabemos por la Revelación que Adán había recibido la santidad y justicia originales no para él solo, sino para toda la

<sup>16</sup> F. LAMENNAIS, *Discussions critiques* (Paris 1941), 151.

naturaleza humana: cediendo al tentador, Adán y Eva cometen un *pecado personal*, pero este pecado afecta a la *naturaleza humana*, que transmitirán *en un estado caído* (cf. Cc. de Trento: DS 1511-1512). Es un pecado que será transmitido por propagación a toda la humanidad, es decir, por transmisión de una naturaleza humana privada de la santidad y de la justicia originales. Por eso, el pecado original es llamado “pecado” de manera análoga: es un pecado “contraído”, “no cometido”, un estado y no un acto» (n.404).

El pecado original, tal como nosotros lo experimentamos (pecado original originado), es el resultado de otros pecados previos y, radicalmente, de un primer pecado (pecado original originante). De hecho, el mal moral, la oposición al proyecto de Dios, está presente entre nosotros como una atmósfera que nos envuelve, nos penetra y ha influido en la formación de nuestro ser. Aun actuando libremente, nos vemos condicionados por una situación de mal moral que nos afecta íntimamente. Las decisiones radicalmente malas de nuestros antecesores han quedado objetivadas en la historia. Hay muchísimas *mediaciones negativas* en nuestra historia que permanecen después incluso de que el sujeto que las protagonizó ha desaparecido. Es de suponer, lógicamente, que hubo una *primera mediación negativa* que los siguientes hombres no supieron contrarrestar ni vencer, y que fue hallando complicidades por doquier y actuando de forma interactiva. El pecado entra en la ecología de la acción e inyecta complejidad demoníaca en la realidad histórica.

Experimentamos el pecado original como la influencia de múltiples *mediaciones negativas* que impiden al hombre la comunión con el proyecto de Dios. Este proyecto consiste en comunicarnos su vida, y, de forma culminante, a través de Jesús. El pecado es esa fuerza llena de complejidad que actúa en la naturaleza humana y dice *no* a la autocomunicación de Dios: en última instancia, a Jesucristo. Semejante situación no debería existir ¡No entraba en el proyecto de Dios! Por eso la denominamos *pecaminosa*. Tal situación es tan poderosa que sustraerse a ella es imposible a las fuerzas humanas. Tenemos una libertad limitada, debilitada, incapaz de autosalvarse<sup>17</sup>.

#### b) *La gracia original en la ecología de la acción*

En nuestra situación actual tenemos experiencia, asimismo, de múltiples *mediaciones positivas*: «la gracia de Dios actúa invisiblemente en el corazón de los hombres de buena voluntad» (GS 22);

<sup>17</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.405. También véase L. F. LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia* (BAC, 1993), p.113-118.

«el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre» (GS 22), «el Espíritu del Señor llena el universo» (GS 11).

El mundo fue creado, sigue siendo creado en Cristo Jesús, y esa creación nunca fue desmentida por parte de Dios. Cada persona humana es —por creación— imagen de Dios, se atiene al modelo ontológico que es Jesús, el Hijo de Dios. Pero no solo en el origen. En el decurso de la historia la bondad humana ha ido actuando y derramándose. La revelación de Dios y su Palabra han sido sembradas entre nosotros, en los pueblos. También la Gracia ha entrado en la ecología de la acción, ha hecho su presencia más compleja y ha entrado en interacción con el pecado. Las mediaciones positivas definen también la complejidad de la historia. Por consiguiente, también debemos hablar de la «gracia original», que desde Cristo se derrama y actúa en la humanidad y encuentra en muchas personas vehículos excelentes de comunicación.

La gracia es tan fuerte y vigorosa, que nadie en la historia puede sustraerse totalmente a ella. La debilidad de la voluntad hace también a las personas débiles ante la Gracia, ante el amor, ante la belleza, ante la bondad. En ese sentido somos poco libres ante la Gracia, incapaces de ofrecerle una total resistencia.

#### c) *Lo que «preservada» significa en este contexto*

Que María estuvo exenta y preservada de pecado original no significa que en la concepción de María se produjera un fenómeno biológico especial, pues el pecado original no es una herencia biológica. Ni tampoco que Dios dejara de imputarle el pecado atribuido a la humanidad, porque el pecado original no es un castigo a todos por culpa de Adán. No se trata tampoco de que María no cometiera un pecado que todos cometen, porque el pecado original no se confunde con un pecado personal: se le llama pecado «por analogía» (K. Rahner).

Entendido el pecado original tal como resumidamente lo hemos presentado, «preservada inmune de toda mancha de la culpa original» quiere decir varias cosas. Que María recibió una libertad liberada. No pasiva ni mermada ante el influjo del bien y del mal, de modo que no aceptó las mediaciones positivas o negativas sin compromiso personal. Quiere decir que en ella emergió un nuevo modelo de mujer y en ella una nueva posibilidad humana. Que esta situación no fue resultado del voluntarismo, sino gracia, energía de Dios comunicada y mantenida. La gracia que sana en raíz la libertad de María le adviene directamente de su Hijo. Es gracia crístico-libera-

dora. En su hijo Jesús tenía María la fuente de su ser. Es la nueva mujer que nace de Adán. Es la Iglesia, nacida del costado de Cristo.

Por consiguiente, María no participó, por gracia, desde el origen de su vida en la incapacidad histórica de la humanidad de llegar a Dios, de acoger su autocomunicación. María, situada en la historia de los hombres, allí donde se entabla una dramática batalla entre el bien y el mal, fue preservada del influjo del mal y fue habilitada para vencer las fuerzas y mediaciones negativas por gracia de Dios, que le fue concedida, sobre todo, por medio de su Hijo. María venció la oposición de la naturaleza a la autocomunicación de Dios, y, dado que este rechazo de la naturaleza no debería existir —iba contra el proyecto de Dios—, por eso María aparece como la «enemistada» con el poder del pecado.

Según la definición dogmática, María fue preservada «por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, salvador del género humano». Esta afirmación teológica entiende la redención en clave «moral-jurídica»: Jesucristo, con su pasión y muerte, «nos mereció» de Dios Padre la gracia de la salvación, del perdón y de la gracia; entonces María fue redimida y agraciada por Dios Padre «en vistas a los futuros méritos de Jesucristo». No es ésta, sin embargo, la única forma de entender teológicamente la salvación; no es la única perspectiva neotestamentaria. Jesús mismo es la salvación. La comunión con Jesús es la comunión con la Gracia. Jesucristo es la Gracia del mundo, de todos los tiempos, El es el «alfa» y el «omega», «todo fue creado por El y para El», «El existía antes que Abraham». No hay salvación, ni hubo, ni habrá, sin comunión con el Hijo del Padre, que se hace hombre. Por consiguiente, la definición dogmática puede ser releída en estos términos: la existencia de María debe ser considerada como una existencia de comunión total con Jesucristo, desde el origen hasta el fin, y, por tanto, una vida en comunión total con la Gracia, con la salvación. Cristo Jesús se convierte así en el Sacramento del Dios Salvador. También para María. Jesucristo es el Liberador de María.

#### 4. ¿Está autorizada la Iglesia para afirmar todo esto de María?

La Iglesia está autorizada y capacitada para hacer ciertas lecturas «protológicas». Ya en el antiguo Israel se produjo este fenómeno. Los exegetas nos hablan de los relatos «etiológicos», es decir, de aquellos relatos que pretenden explicar el origen de aquello que Israel vive o experimenta. Hay explicaciones «etiológicas» (causales) de momentos, de fiestas, de instituciones. Israel hasta llegó a pre-

guntarse, tras afirmar su conciencia de «Pueblo de Dios», por el origen de todos los pueblos, por el origen del mundo. El relato del Génesis es un relato etiológico. O una lectura *protológica* del presente de Israel. Es cierto que Israel, cuando escribió estos relatos etiológicos, disponía de algún tipo de elementos de respuesta, pero no los suficientes como para poder calificar las explicaciones etiológicas como «actas de testigos presenciales», ni mucho menos. Nadie presenció la creación del mundo, ni del hombre, ni del pecado. Israel se sirve de relatos mitológicos, los redacta a la luz de su fe yahwista y ofrece un «nuevo» relato etiológico, que es verdadero, histórico, pero en sus «afirmaciones fundamentales».

También encontramos elementos de una lectura protológica en los evangelios de la infancia de Mateo y Lucas. La Iglesia neotestamentaria piensa en los orígenes de Jesús, sin disponer de suficientes fuentes testimoniales, a partir de la experiencia del Jesús profeta del Reino, muerto y resucitado.

La Iglesia puede también realizar este tipo de lectura «protológica». El Espíritu Santo habita en ella. Es el Maestro interior en el corazón de los fieles. Concede a la Iglesia en su caminar histórico una «especial sensibilidad» para captar todo lo que viene de Dios.

La historia del dogma de la Inmaculada se explica como un caso de «lectura protológica». La Iglesia ha fijado sus ojos en María en el decurso de los siglos. Ha contemplado a María tal como aparece en el Nuevo Testamento. En la medida en que reflexionaba sobre la imagen evangélica de María ha comenzado a preguntarse por la raíz, por el *principio* (en sentido ontológico y cronológico) de todo lo que en ella ha sucedido. Movida por el Espíritu y ayudada por la Palabra de Dios, ha descubierto que, si toda vocación cristiana tiene su prehistoria («Dios nos eligió antes de la constitución del mundo», «Dios nos llama desde el seno de nuestra madre»), también la tuvo la vocación de María: María fue elegida para ser madre santa de Jesús —como realmente lo fue según los testimonios bíblicos— desde antes de la constitución del mundo, desde el seno de su madre. La Iglesia ha descubierto que, si Dios Padre nos ha destinado a todos en Cristo Jesús a ser «santos e inmaculados en su presencia por el Amor» (Ef 1,4), esto se ha realizado de una manera particular en María, de cuya santidad y ausencia de pecado la Iglesia hace memoria desde siempre. Que si María pronunció un «sí», un «fiat» tan incondicional y total a la Palabra de Dios, fue, no por casualidad, sino porque su respuesta tenía presupuestos muy hondos en su vida; porque era la «agraciada» por excelencia y la creyente; porque era «toda ella» apertura y docilidad a Dios; un «sí» a Dios de esas dimensiones, que abarca toda una vida, ha de tener sus raíces: raíces santas; María es uno de los pocos personajes de los cuales el Nuevo

Testamento presenta únicamente aspectos positivos. La Iglesia ha entendido que, si María fue contemplada indirectamente por el Nuevo Testamento y directamente por la Tradición como la «nueva Eva», ¿cómo iba a serlo si hubiera en ella algún pequeño rastro de la antigua Eva? ¿Cómo podría ser María el seno maternal y virginal del que surge la Nueva Humanidad si en ella hubiera rastros del hombre viejo?

El misterio de la Inmaculada Concepción de María es el misterio de la conjunción admirable de una llamada de Dios y de una respuesta humana. La Iglesia, en un caso particular, contemplando el misterio de Dios en María, meditando en su corazón todo lo que el Evangelio dice de ella, percibiendo íntimamente en su experiencia personal la presencia de María, e interpretando todo ello a través del carisma de la verdad<sup>18</sup>, se ha visto impulsada a glorificar a la Trinidad definiendo este dogma. Muy audaz fue el papa Pío IX. Lo que él realizó lo hizo «para honor de la santa e indivisa Trinidad». El *Catecismo de la Iglesia Católica* resume en estos términos el dogma de la Inmaculada: «Esta “resplandeciente santidad del todo singular”, de la que ella fue “enriquecida desde el primer instante de su concepción” (LG 56), le viene toda entera de Cristo; ella es “redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo” (LG 53). El Padre la ha “bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo” (Ef 1,3), más que a ninguna otra persona creada... Los Padres de la tradición oriental llaman a la madre de Dios “la Toda Santa” (“Panagia”), la celebran “como inmaculada de toda mancha de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo y hecha nueva criatura” (LG 56). Por la gracia de Dios, María ha permanecido pura de todo pecado personal a lo largo de toda su vida» (n.492-493).

## 5. Simbolismo del dogma

El dogma de la Inmaculada es reinterpretado hoy como un dogma paradigmático. En él se habla de Jesucristo, de la Iglesia, del ser humano, de la acción del Espíritu.

### a) Significado cristológico del dogma de la Inmaculada

Proclama, ante todo, quién es Jesús el Redentor, cuál es el alcance de su misión. María fue su obra-maestra. El prototipo, la primicia

<sup>18</sup> Cf. *Dei Verbum*, n.8.

de la redención. Así lo descubrió la teología a partir de Duns Scoto. De hecho, los mejores teólogos de la Iglesia no estuvieron dispuestos a aceptar esta doctrina, porque no sabían cómo superar la dificultad cristológica de Cristo como redentor universal.

La teología de la redención, planteada en términos morales o jurídicos de satisfacción, méritos, compraventa, etc., o en términos ontológicos de asunción de la naturaleza humana y purificación del pecado y transmisión de la vida divina, no es aquella que hoy enseñamos o reflexionamos. Preferimos una comprensión más dinámica y procesual de la salvación, entendida como «encuentro», inter-relación progresiva, acogida dialogal de Jesucristo<sup>19</sup>.

En él se expresa hasta dónde llega la capacidad salvadora y redentora de Dios Padre en Jesucristo. Jesús salva al hombre comunicándole su Espíritu, el germen de vida y energía que le permite ir derrotando todas las mediaciones negativas y acogiendo, potenciando y llevando a plenitud todas las mediaciones positivas.

Esta es la experiencia *integral* de la redención-salvación que la Iglesia tiene. Y que se realizó de forma paradigmática en María por obra del Espíritu y de Jesús. Ella vivió desde la vocación-anunciación en diálogo y comunión con Jesús, su Dios Salvador. Se hizo su servidora incondicional. La acción del Espíritu y la comunión con Jesús la preservaron del pecado y la convirtieron en fuente de vida. El seguimiento cordial de Jesús encaminó sus pasos hacia «fuentes tranquilas». La profunda relación de fe con su Hijo fue para ella el antídoto contra todo veneno de pecado e impulso para acoger sin zozobras todo germen y realización de Gracia.

### b) Significación eclesiológica del dogma

El dogma de la Inmaculada nos enseña también cómo nosotros somos salvados; no sólo somos liberados del pecado, sino, sobre todo, *preservados*. Experiencias de preservación tenemos muchas aquellos que intentamos vivir en Cristo Jesús. La Iglesia, con sus comunidades, personas e instituciones, es el gran sacramento a través del cual Jesús preserva y libera a «los que el Padre le ha dado». María no fue la única preservada, sino la primera. María es la obra maestra de la redención, pero no es la única redimida.

El dogma de la Inmaculada nos indica que la redención del perfecto Redentor, Jesucristo, es *universal*, es decir, afecta a todo hom-

<sup>19</sup> Con estas palabras comienza E. Schillebeeckx su gran volumen sobre la Gracia: «Todo comenzó con un encuentro...»: E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos. Gracia y liberación* (Cristiandad, Madrid 1982), 13.

bre que viene a este mundo, desde el primer instante de su existencia. Porque «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5,20). El influjo del «segundo Adán es mucho más poderoso sobre todo nuevo ser que nace que el influjo del primer Adán. Todo hombre que nace se halla en ese campo en el que se establece una dramática batalla entre la Gracia y el Pecado, pero donde la Gracia es ya escatológicamente victoriosa» (K. Rahner). Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible (GS 22)<sup>20</sup>. El hombre, después, con su libertad, puede oponerse, y de hecho se opone, al proyecto de Dios, al Evangelio de Jesús. Pero el Redentor ¿qué más ha podido hacer por su Pueblo?

María, la primera creyente, es, por eso mismo, «Iglesia naciente». Es la *ecclesia immaculata*. «María es para la Iglesia un “modelo permanente” (*Redemptoris Mater*, n.42)». En María Inmaculada la Iglesia se descubre a sí misma; encuentra su propia verdad, su vocación original. La Iglesia aprende de María a vivir en comunión con el Redentor y con su Espíritu. En esa misma medida, la Iglesia será más inmaculada, vivirá en oposición permanente al pecado y a sus mediaciones. María, en cuanto inmaculada, pudo ofrecer a Dios un «sí» totalmente inocente, sin sombra alguna de pecado o vacilación. La Iglesia reconoce en María su más perfecta imagen. Como ella quiere decir un «sí» total a la Palabra. La Iglesia sabe que será más libre y más fecunda en la medida en que esté más unida a Jesucristo y a su Espíritu.

### c) *Significado pneumatológico: María, la consagrada por el Espíritu*

El dogma quiere expresar que María, ya desde el comienzo mismo de su existencia, se vio agraciada por la comunicación del Espíritu de Dios, sin mérito alguno por su parte, y, desde ahí, se vio preservada del pecado de origen y de cualquier pecado personal. Envuelta ya desde su origen en el amor redentor y santificador de Dios, María se disponía a ejercer, tal como Dios lo había proyectado, su función de Madre del Hijo de Dios. La declaración dogmática relee *protológicamente* (es decir, buscando sus orígenes) la promesa hecha a María de que el Espíritu Santo bajará sobre ella, y deduce que

<sup>20</sup> «Cristo murió por todos y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien al misterio pascual. Este es el gran misterio del hombre que la revelación cristiana esclarece a los hombres» (GS 22).

el Espíritu ya la santificó en el primer instante de su concepción, porque «ya desde el seno de su madre» había sido elegida como madre del Mesías y como creyente, e incluso antes de la constitución del mundo, como Jeremías (Jer 1,5), como Pablo (Gal 1,15) o los cristianos (Ef 1,4-5). Es decir, la Iglesia proclama que María no sólo fue vocacionada y consagrada en el momento de la anunciación-vocación, que nos relata Lucas y de un modo mucho más conciso Mateo, sino que fue llamada y consagrada para la misión ya desde el primer instante de su concepción. Se aplican a ella las palabras del libro de Jeremías: «Antes de haberte formado yo en el seno materno te conocía, y antes que nacieses te tenía consagrada» (Jer 1,5).

La vocación y consagración de María, ya desde el primer instante de su concepción, testimonia que el origen de María, el comienzo de la existencia de María fue puesto por Dios<sup>21</sup>. «Es Dios quien inició en ella la obra buena y la fue consumando hasta el Día de Cristo Jesús» (Flp 1,6). En el inicio estaba contenida toda la vida de María, como en un germen. Dios proyectó soberanamente su vida, sin estar sometido a las urgencias de nadie, en absoluta libertad. Pero este proyecto estuvo motivado por una palabra de amor verdadero, por un acto que creaba felicidad, por un milagro que no condenaba, sino que salvaba. Dios pronunció esta palabra de amor y de felicidad sobre María desde el principio. Y lo que Dios hizo una vez vale por todas, de manera que toda la existencia de María estuvo envuelta desde el origen hasta el fin en el amor redentor de Dios; amor que fue muchísimo más poderoso que el pecado. Hay que decir, además, que Dios proyecta sus designios a partir del fin; y esto sirve de manera especial para María. Dios la llamó y consagró pensando en la función que como Madre y creyente tenía que ejercer en la historia de la salvación.

El dogma de la Inmaculada habla, pues, de la vocación y consagración de María como pura gracia de Dios, que no sólo afecta a un momento de la existencia, sino que la asume toda, desde su origen hasta su fin. Habla de la primacía de la gracia sobre cualquier iniciativa humana. En este sentido, el dogma de la Inmaculada Concepción de María expresa de manera ejemplar y prototípica lo que sucede en todo aquel que ha sido llamado por Dios, en todo creyente por parte de Dios ya desde el comienzo de su vida.

<sup>21</sup> Cf K. RAHNER, *María Meditazioni* (Herder-Morcelliana, Brescia, 1979), 50-56.